

María Gainza

# El nervio óptico



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Ilustración:* «Caza del ciervo», Alfred De Dreux (detalle),  
excolección Errázuziz Alvear. Diseño de lookatcia

*Primera edición: octubre 2017*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© María Gainza, 2014

CASANOVAS & LYNCH AGENCIA LITERARIA, S. L.  
info@casanovaslynch.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9844-6

Depósito Legal: B. 18378-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Azucena*

Los aspectos visuales de la vida siempre han  
tenido para mí más peso que el contenido.

JOSEPH BRODSKY

Me voy a mirar el cuadrito, decía Liliana Ma-  
resca después de tomar su dosis de morfina.

LUCRECIA ROJAS

## EL CIERVO DE DREUX

A Dreux lo conocí un mediodía de otoño; al ciervo, exactamente cinco años después. Ese primer mediodía había salido de casa con un sol brillante y de pronto, sin aviso, se largó a llover. Llovía como en la Biblia, y en unos minutos las calles angostas del barrio de Belgrano se convirtieron en ríos taimados; las mujeres se apiñaban en las esquinas calculando el lugar más alto por donde cruzar; una vieja golpeaba con su paraguas el costado de un colectivo que no quería abrirle, y en las puertas de los locales los empleados miraban cómo el agua lamía las veredas y se apuraban a instalar las compuertas de hierro que habían comprado después de la última inundación. Yo tenía que pasear a un grupo de extranjeros por una colección privada. A eso me dedicaba y no era un mal trabajo, pero mientras esperaba a que llegaran mis clientes guarecida bajo el techo de un bar, un taxi pasó demasiado cerca del cordón y bañó mi vestidito amarillo. Tres autos más tarde amainó, tan de golpe como había empezado, y a través de las últimas gotas de lluvia, que caían suspendidas como una cortina de cuentas de cristal, llegó el taxi de mis clientes. Eran norteamericanos, una pareja de mediana edad, ella de blanco y él de negro,

y venían impecables y secos, como si el chofer acabara de retirarlos de la tintorería.

Entramos en una casa que alguna vez había sido un *petit hôtel* rodeado de un amplio jardín y ahora estaba encajonada entre un edificio racionalista y un ostentoso chalet californiano. Un mayordomo nos llevó hasta el living deslizándose cual anguila entre el mobiliario. Quince minutos después, se abrieron unas puertas corredizas hasta entonces invisibles y apareció la coleccionista. Me miró. La miré. Sin duda ella era mejor que yo en el jueguito de sostener la mirada. Vestía de gris. Alrededor de la boca tenía los frunces de amargura de las mujeres pasados los cuarenta, su nariz aquilina era un arma afilada y sobre su suéter de cachemira llevaba un broche dorado de algún animalito que, por la distancia que mantuvo conmigo durante toda la visita, no llegué a identificar.

La mujer me escaneó con el mismo estupor con que la noche anterior me había dicho por teléfono que no entendía mi insistencia en ir cuando ella bien podía enseñar las pinturas sola. Yo era directora, secretaria, cadeta y guía en mi empresa, así funcionaban esos tours privados que me mantenían a flote, le había intentado explicar, aunque no con esas palabras. «Está bien, veo que es ambiciosa, la espero a las doce», dijo ella antes de cortar. Y ahí estaba yo al día siguiente, chorreando agua sucia sobre su parquet encerado. La mujer mandó traer un calzado alternativo. Minutos después, yo oficiaba de guía en peludas pantuflas blancas para un grupo de personas que me había perdido todo respeto. Lo único que me quedaba era el comentario ingenioso, el ojo sagaz, y venía más o menos encaminada cuando me topé con un tordillo que galopaba hacia mí bajo un cielo color peltre. Miré a mi anfitriona un instante; no fue más que un microsegundo, pero mis ojos estaban condenados a no engañar a nadie. Ella sonrió satisfecha:

—Alfred de Dreux. ¿No lo ven en la facultad? ¿En siglo XIX? —dijo mientras prendía un cigarrillo con boquilla de marfil entre sus largos dedos, de los que era obvio que se enorgullecía.

—Por supuesto. Es un cuadro magnífico —dije.

Era una doble mentira: nunca había oído hablar de Dreux y el cuadro me parecía solo lindo, bien pintado pero no más que eso.

—No me diga —dijo ella, y exhaló el humo formando un anillo perfecto que flotó hacia mí a través de la habitación.

Los yanquis sonreían planos, artificiales y en blanco y negro, como en el rompecabezas de Jorge de la Vega.

Como dije, al ciervo de Dreux lo vi cinco años después, otro mediodía tormentoso de abril en que había ido a pasear al Museo Nacional de Arte Decorativo. Estaba sola, que es como me gusta ver las cosas por primera vez, y preparada para la lluvia con unas preciosas botas de goma de media caña. Puede que tener un calzado digno haya tenido algo que ver, pero esta vez mi encuentro con Dreux fue fulminante, lo que A. S. Byatt llamaría *the kick galvanic*. Me recordó que en la distancia que va de algo que te parece lindo a algo que te cautiva se juega todo en el arte, y que las variables que modifican esa percepción pueden y suelen ser las más nimias. Apenas verlo, empecé a sentir esa agitación que algunos describen como un aleteo de mariposas pero que a mí se me presenta de forma bastante menos poética. Cada vez que me atrae seriamente una pintura, el mismo papelón. Me han dicho que es la dopamina que libera mi cerebro y aumenta la presión arterial. Stendhal lo describió así: «Saliedo de Santa Croce, me latía con fuerza el corazón; sentía que la vida se había agotado en mí, andaba con miedo

de caerme.» Dos siglos después, una enfermera del servicio de urgencias de Santa Maria Nuova, alarmada ante el número de turistas que caían en una suerte de coma voluptuoso frente a las esculturas de Miguel Ángel, lo bautizó síndrome de Stendhal.

Ese mediodía, para guardar la compostura, me alejé a través del jardín de invierno. Caminaba tambaleante como sobre la cubierta de un barco, ladeándome de acá para allá, los ojos como brújulas desmagnetizadas. Salí a tomar aire y volví, armada psicológicamente para el encuentro, y fue un alivio ver que el Dreux todavía estaba ahí. Colgaba en lo que había sido el comedor de la familia Errázuriz, un salón barroco francés, copia de uno que está en Versalles; un lugar grande pero no desmesurado que en otoño podría ser amablemente cálido con la luz entrando por los ventanales que dan al jardín, pero es más bien un hielo, porque los de seguridad mantienen las persianas cerradas y suponen que una estufita de cuarzo del tamaño de un ladrillo puede hacer todo el trabajo.

Hay, en realidad, dos Dreux en ese salón, dos escenas de caza pintadas a mediados del siglo XIX, pero a mí se me van los ojos hacia una, y aunque la descripción de cuadros sea siempre un incordio, no tengo opción: es una pintura vertical, en ella una jauría de perros acorrala a un ciervo, el combate animal está apilado en la parte baja del cuadro y en la parte alta, que juraría fue agregada después para adaptar la pintura a los altos techos del salón, hay un paisaje de cielos celestes, nubes encrespadas y un árbol genérico que podría ser cualquiera. Es una pintura bastante convencional, no se lo voy a negar, pero aun así me atrae. Es más, me pone nerviosa.